



Lucio V. Mansilla

¿Si dicto o escribo?

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lucio V. Mansilla

¿Si dicto o escribo?

Al señor don Marco Avellaneda

Entre Marco Avellaneda, el hermano del egregio presidente, y Marco Avellaneda, el hijo mayor de éste, opto por el último, porque es mucho más joven. Yo amo la juventud, no porque ella represente el porvenir, sino por su candor, por su sinceridad y por su buena fe. ¡Es tan bello creer, y tan consolador esperar, y anhelar constantemente, con el firme convencimiento de que en un día no lejano se tocarán los bordes risueños y encantados...!

Quiere decir entonces que el Marco con quien converso es Marquito, según le llaman los que, como yo, le quieren de veras; y sin que esto implique que el diminutivo del nombre esté en armonía con las facultades intelectuales, que, como un herencia preciosa de su ilustre padre, ya revela.

Él me ha interpelado en la forma concreta del título, y cumple a mi genial deferencia, en estos casos, ampliar una respuesta que se redujo a esto: escribo y dicto; con este agregado: “Te contaré, si quieres, cómo trabajo”.

Pero, antes de entrar en el detalle, tengo que decir lo que de mí pienso.

Y, en cuanto al detalle, como antecedente, diré que no es cosa de menospreciar, a no ser que sea de poco momento ver por qué trabajo de elaboración pasa el pensamiento, antes de detenerse en una fórmula.

¿O ustedes, señores escritores, producen sin gestación?

Dicto y escribo.

De noche, escribo, tarde, lo más tarde posible, y con bujías, no con luz de gas, que es nociva. Pero como aquí no se trata de lo que escribo de noche – que a su debido tiempo verá la luz pública - , entremos cuanto antes en lo que llamaré al procedimiento diurno.

Y para que se vea que hay ilación en el concepto, oigan ustedes lo que yo pienso, como antes he dicho, de mí mismo.

Todos los que han indicado algo útil sobre el arte de escribir, desde Cicerón hasta Pascal, y son algunos, lo habrán omitido por ocioso. Yo lo digo, sin embargo: no es posible escribir mediocrementemente siquiera, sin tener algunas ideas propias. Bueno, pues, yo tengo las mías. Ahora, si las formulo con cierta propiedad y gracia, o sin ninguna, es decir, si escribo bien o mal, eso, aquí inter nos, yo no lo sé a derechas.

La vanidad, que no sé si es peor que la envidia, nos hace ver lo negro blanco; y eso, cuando no nos ciega del todo.

Yo conozco un hombre tan poseído de sí mismo, que se cree irresistible, y es picado de viruelas, la cara parece un harnero y no se viste con elegancia, ni es pulcro. Mas él se imagina que toda mujer que le mira la facha esa, es porque le encuentra algo que no tienen los demás, lo que es cierto: tiene las viruelas.

Pero sí sé que no escribo turbio; que empleo términos adecuados, aunque mi estilo no tenga la belleza de la transparencia, como diría Joubert; que manejo, como los banqueros

manejan las libras esterlinas, bastante caudal de palabras; y que, en tal virtud, no pertenezco al género de los plumistas, que lo mismo dicen quietismo que quietud, cuando de lo que están hablando es del sosiego de la Naturaleza, ni rol por papel, cuando hablo de teatros y actores. Y esto no quiere decir que sea ajeno a los idiotismos, primero, porque ellos son inevitables, cuando el estilo es algo familiar; y claro, porque como dice un artista en literatura, el querer suprimirlos sería como querer que la ropa no tuviera pliegues. En resumidas cuentas, les gustará a ustedes o no mi modo de escribir; será vicioso cuanto quieran, oscuro no. Luego tengo, por lo menos, la ventaja de la claridad.

¿O estaré también equivocado en esto? ¿Estará picado de viruelas mi estilo, y yo no las veo?

Unas cuantas líneas más; no para entrar en materia, que ya estoy metido en ella hasta las narices, sino para que vaya desenvolviendo naturalmente el tema.

Helas aquí; en materia de gramática, creo que más que el arte de hablar correctamente y con propiedad, es el arte de hacerse entender de todo el mundo. Y en materia de diccionario, opino que el más completo es aquel que, a la manera de Webster, enriquece la lengua nativa con todas las asimilaciones posibles siempre que ellas no impliquen una albarda. Porque ¿qué objeto hay, verbigracia, en llamarle por otro nombre, que es un neologismo, a lo que ya lo tiene originariamente? Las lenguas no se enriquecen por ese procedimiento falaz, que equivale a que un avaro se crea más rico, porque después de contar su renta en pesos nacionales, la multiplica por ciento transformándola en centavos. ¡Qué diablo!, lo mismo es Chana que Juana, o atrás que en las espaldas.

Tengo otra razón más para creer que estas ligeras reflexiones son sensatas, juiciosas y naturales.

A ver si podemos ponernos de acuerdo.

Los americanos del sur poseemos, después del italiano, la más bella lengua del mundo; es menos suave, pero más enérgica, más sonora, y tiene una elasticidad sin par, admitiendo los juegos de posiciones y trasposiciones más singulares, sin que haya en ella audacias que choquen desagradablemente, a no ser que se incurra en aquello de

En una de fregar cayó caldera.

Y entonces, señoras y señores (desde que tenemos escritoras de mérito ya, lo que, dado mi horror por las literatas, no sé si será un bien o un mal), ¿por qué no aferrarnos, cuanto posible sea, a la estructura orgánica de la lengua madre? – que fue madre patria, y no tan mala madre, por más que digan; que al fin y al cabo, mejor estábamos aquí que por España - . (Al menos, en este hemisferio no nos quemaban.)

Bueno; me zafo, cuanto antes, de la dificultad, con el permiso de ustedes (si yo sé que aquí hay gente que dice que en América se habla mejor el español que en España), repitiendo mutatis mutandi, con Olózaga, que no será tildado de escribir mal en romance:

Pero no he de ser yo quien cante las alabanzas de la lengua castellana, porque temería que me apliquen las palabras de un crítico francés contra una mal humanista, que había publicado un elogio de la lengua latina.

Ese elogio, decía, es tanto más de agradecer, cuanto que el que lo ha escrito no tiene el honor de conocer a la señora a quien prodiga sus alabanzas.

Ahora sí, ya podemos entrar en el detalle, y ustedes no se quejarán de que haya hecho metáforas o de que me haya hinchado, diciendo, como el crítico: J'ai l'esprit plein d'inquiétude, en lugar de: Je suis plein d'inquiétude, que es mucho mejor.

Sobre este particular estoy, pues, completamente tranquilo; conquie, adelante.

Imagínense ustedes que son las 7 de la mañana, en invierno; en verano, es una hora antes, y que llega mi secretario, que es mi amigo, y mi confidente, y mi censor, y mi admirador (búsquense ustedes un secretario), y que yo me he acostado a cualquier hora, y que la de levantarse no puede ser alterada, porque de lo contrario es un día perdido, y una vez imaginado esto, para lo que no se necesita mucha imaginación, asistan ustedes con el pensamiento a esta escena:

- Buen día, general (antes era coronel o comandante).

Y aquí viene, como pedrada en ojo de boticario, el decir que el secreto para tener un buen secretario consiste en tres cosas, que no son la primera, la segunda y la tercera, sino las siguientes, que se resumen en una sola: no cambiar de secretario.

Ustedes dirán que eso no depende exclusivamente de uno.

Comprendo perfectamente bien. Inútil poner puntos sobre las íes. Me anticipo a la observación y contesto: es necesario saber elegir el secretario, tener la suerte de hallarlo y hacer de él lo que antes han oído ustedes, un confidente y un amigo.

Mas esto es como coleccionar mirlos blancos.

Por regla general, los secretarios cojean de este pie: no están encantados de sus Mecenaz.

Decía, pues, que el mío me ha saludado, y que, como siempre tengo mucho gusto en verlo, le he contestado:

- ¡Buen día, amigo!

- Qué calor, o qué frío – esto viene inevitablemente, según las estaciones.

“¿Qué hay de nuevo?” nunca nos lo preguntamos, porque ya sabemos lo que hay en los diarios; los diarios, que, como diría Teófilo Gautier, son unos papeles a la manera de sábanas, escritos con betún, en los que se cuenta: los perros que se han ahogado en el Sena, los maridos que han sido apaleados por sus mujeres, los decretos salvadores que se han dictado, las calumnias que se han forjado, y todas las demás invenciones sensacionales que le droit de tout dire ha urdido, como marco inevitable para todo cuadro social que represente un poco de civilización: guerras en perspectiva casi siempre.

¡Ah!, se me iba olvidando: yo sé lo que es el público, el lector, y estoy seguro de que quieren que les diga cómo se llama mi secretario.

Pues vean ustedes: lo que es hoy, no lo he de decir.

¿Saben ustedes por qué?

Porque ustedes no creen que yo tengo secretario.

Pero protesto, a fuer de quien soy, que lo sabrán, así que se publiquen en dos o más volúmenes estas causeries compiladas, con un prólogo elogioso en honor mío, por supuesto. ¡O no faltaba otra cosa, que mi secretario, que es mi alter ego, no me elogiara! Sería lo mismo que si yo no dijera que él no es la flor y la nata de los secretarios: la prudencia pensante y ambulante, la sabiduría infusa y adquirida; y lo que es más raro todavía, en materia de secretarios, la probidad... ítem esto otro que es fenomenal: el desinterés.

Decía que mi secretario está ahí, y no puedo decir que pluma en mano, porque nosotros no escribimos con pluma, ni de ganso, que es la más antigua, sino con lápiz.

¡Hablo yo!

- Amigo, esto me va a dar mucho trabajo, me parece; anoche lo he fermentado, y...no sé si, al dictarlo, se convertirá en vinagre lo que a mí me parece vino. Tenga paciencia. (Los Mecenases suelen no tener paciencia con los secretarios, y éstos les pagan con igual moneda.)

Naturalmente, aquí mi secretario me mira con una expresión en la que mentiría si dijera que he sorprendido, alguna vez, la más mínima inquietud. Él cree en mí, como yo creo en él. (¡Ah!, si se pudiera hacer esta frase: “Ella cree en mí, como yo creo en ella”, ¡este mundo sería el paraíso terrenal!)

“Fermentado” han leído ustedes. ¡Pero, y qué! ¿hay acaso producción posible, sin un poco de calcinación cerebral?

Yo me acuesto, todas las noches, pensando en lo que debo escribir al día siguiente, y aunque duermo poquísimos, cuando llega mi secretario todo está listo; falta sólo lo más difícil (ustedes no son cocineros, como yo, y no han de entender la figura): *tourner l’omelette*, “dar vuelta la tortilla”.

Mi secretario se sienta:

- A ver, ¿cuántas causeries tenemos ya listas?

La mesa en que trabajamos es común, es grande, amplia, cómoda: él tiene, a diestra y siniestra, lo mismo que yo, todo cuanto puede necesitar. Ambos tomamos café y whisky (el mejor lo venden en el “Bazar inglés” de la calle Florida); el whisky es superior para los reumatismos (la Patti lo dice, y yo lo creo); la luz entra francamente por dos anchas ventanas, la luz meridional, que es la más bella de todas las luces; estoy rodeado de pajaritos que cantan, que es un gusto; de flores – adoro las flores y, sin embargo, no soy floricultor, como Eduardo Costa - ; estoy rodeado de libros, en su mayor parte viejos...son los que prefiero (con éstos me sucede al revés de lo que con el bello sexo); estoy rodeado de cuadros, pocos, pero buenos; y estoy, finalmente, rodeado de bibelots artísticos, soy muy frívolo en esto, y de retratos, cuyo cariño no puedo poner en duda. Con este ajuar, sería necesario que mi secretario y yo fuéramos muy zurdos para que no se nos ocurriera algo – una traducción siquiera de cualquier cosa, o una carta de Ricardo Palma, pidiéndole opinión sobre sus productos. (Los del remitente.)

Mi secretario tira y abre el cajón, que tiene delante.

Creo que es Guizot el que ha dicho, o yo, en el Congreso: que el que se anticipa al tiempo, el tiempo lo hunde. Pero política no es literatura a la violeta. Yo tengo, por consiguiente, varias causeries anticipadas.

Repito que mi secretario abre el cajón y que me lee esto:

- “Horror al vacío”, causerie dedicada al señor doctor don José Miguel Olmedo; “La calumnia viajera”, causerie dedicada al señor don Manuel Láinez; “Goyito”, causerie dedicada a mi hermano Carlos...

Yo le observo que me gusta más lo que le estoy dictando.

Él me arguye que es siempre bueno un poco de fermentación.

Pero, como yo soy el que decido, resuelvo que, en vez de las anotadas causeries, se publique indefectiblemente ésta el jueves próximo. (Estoy escribiendo el domingo.) ¿Por qué? Si no caes en cuenta ¡la inocencia te valga, Marquito mío! Y no te ofenda esto de la inocencia, desde que ser inocente es ser puro, y tú lo eres. ¡Dios te conserve así!

Sigo, pues, y me paseo, y me paseo.

Y he dado orden de que no me interrumpan, y nadie viene. Necesito dos buenas horas para dictar un folletín. ¡Ah!, es imposible ser completamente libre bajo las estrellas (aunque uno esté viudo); mueven una puerta, la sacuden; ¿quién se imaginan ustedes que me interrumpe?

“Júpiter”, mi perro, que quizá quiere observarme que estoy perdiendo el tiempo. Como no habla...nuestra lengua, no sé.

No importa, vada avanti – le digo a mi secretario - . ¿Y cuántas carillas van? – porque esto es esencial, cuando se escriben folletines.

Mi secretario mira la numeración y me contesta:

- Cuarenta y una – y ustedes, señores tipógrafos, que son jueces inapelables, dirán si es verdad o no.

¡Cuarenta y una!

¡Es como si dijéramos el oro casi a la par! ¿Qué lindo, no?

Pero es necesario concluir. Poco más de cincuenta carillas caben en el folletín destinado a ustedes y yo sé, por experiencia de lector, que no hay nada que fastidie tanto como un continuará.

Con todo esto, no he dicho (mal hayan las digresiones, por no decir las reflexiones, o las filosóficas consideraciones) cuál es mi método, mi sistema, mi modo, mi mecanismo de trabajo.

Oigan ustedes entonces, por lo que les pueda interesar:

Yo dicto.

Mi secretario escribe.

¿Ustedes creen que como una máquina?

¡Oooh!, se equivocan ustedes.

Mi secretario es todo, menos una máquina.

Mi secretario me observa que lo que estoy dictando es una contradicción.

-¿Cómo, una contradicción? – le digo yo, que soy el juez que falla, en este caso.

- General, usted dirá lo que quiera; pero yo le garantizo a usted que lo que acaba de dictar es una contradicción. (Por poco no dice: una barbaridad...)

(¡Ah!, ¿y por qué no puede uno degollar a sus secretarios, que es un procedimiento tan expeditivo para deshacerse de tipos molestos?)

Parece increíble, me veo obligado a transigir...mi secretario no quiere seguir escribiendo, y me contiene con esta observación:

- Pero, señor, usted se va a deshonar...literariamente.

- Pero hombre, escriba usted no más...¿Hay acaso un tribunal y código para estas cosas, como los hay para otras, que son civiles o criminales?

Mi secretario es un hombre de una buena fe prístina, virginal (¡imagínense ustedes que cree en la felicidad del matrimonio!), y replica, o mejor dicho, me arguye, con la opinión pública...de los literatos.

Aquí yo ya no me puedo contener, y le contesto esto, que es textual, que es verdad:

- Pero mi amigo, ¿de veras usted cree en la opinión?; ¿no se acuerda usted de que Napoleón ha dicho que la opinión es una ramera? Vea; escriba y no tenga cuidado.

La contradicción a que me he referido era esto:

On n'est correct qu'en corrigeant.

Y ahora mi secretario se resiste a escribir eso, y se resiste, porque parece encantado de lo que le he dictado hasta aquí, y eso que yo le argumento:

- Pero amigo, se necesita toda la vanidad suya, su vanidad de máquina de zurcir palabras caligráficamente, para pretender que se puede ser escritor sin pulir y repulir, sin corregir, y da capo corregir.

Y a esto me sale con el

Mas si me veo en el primer terceto
No hay cosa en los cuartetos que me espante.

¡Querido Marquito!
¿Quieres que te dé un consejo de escritor?

Helo aquí:

Y eso aunque mi secretario, que me adora, esté encantado de lo fluido de esta causerie.

Una obra no es perfecta sino cuando ha sido tocada y retocada, tantas veces cuantas sean necesarias para que desaparezcan las sinuosidades que pueden impedir que pase por una obra magna (aunque Buenos Aires pasa por una ciudad civilizada, teniendo tan pésimo empedrado).

Ergo, piensa y repiensa sobre lo que te propongas escribir, y no te canses nunca de corregir lo que hayas pensado, porque yo tengo para mí que de todo escritor puede decirse lo que de Stendhal: que no basta imaginar un título; mucho tiempo pasa antes de que uno tenga la seguridad de que está en ello.

Stendhal proyectó escribir una novela que debía llamarse Amiel. Poco después modificó el título ligeramente y la llamó L'Amiel. Por último Lamiel. Finalmente Un village de Normandie, y todavía Les Français du roi Philippe.

Yo he sido amigo íntimo de tu padre. Óyeme, Marquito, con muchísima atención y, por última vez, perdona el diminutivo. Ningún hombre en la República Argentina ha tenido una mente más ática que él, ni mayor desprendimiento literario (cosa rara). Yo tengo entre mis documentos autógrafos pruebas de ello. Por ejemplo: un discurso que pasa por de Sarmiento, no es de éste, es suyo.

¿Qué discurso?

El pronunciado sobre la tumba del doctor Carreras, primer presidente de la Corte Suprema Federal.

Pues tu padre corregía, y mucho.

¡Y cómo escribía!, ¡con qué elegancia, con qué cultura, con qué limpieza! ¡Qué frase tan diáfana la suya! Era una prosa tan pulida como los versos de Musset.

Y aquí conviene que diga que la letra es sólo un argumento cuando no lleva aparejada cierta clase de responsabilidades, y no como otros lo pretenden.

Bueno, pues, ya sabes con lo dicho, ¿o no me he explicado bastante?, cuál es la contestación que debo dar a tu pregunta “si dicto o escribo”.

Esto es dictado.

¿En cuánto tiempo, en cuántas horas y minutos?

En dos horas y media.

Así, anch'io son pittore, dirá cualquiera.

Felicitome de ello, por orgullo nacional. Pero con una condición: que haya escrito la víspera, para corregir al día siguiente, e si non, non.

- Y a usted, mi secretario, ¿qué le parece todo esto?

-Que usted haría perfectamente bien en dejar que fermentara.

-Ahora salimos con eso; luego ¿usted no cree que yo soy un ingenio?

- No digo eso; ¿o yo no soy el que escribo?

-Y entonces, hombre, ¿por qué me obsedía usted con sus desconfianzas?

-¡Ah!, señor, si yo pudiera iniciarlo a usted (¡pero usted se ha de fastidiar!) en ciertas convenciones referentes al talento y a la honorabilidad...

-¿Así es que usted cree que todo es cuestión de fechas, y del vientre que nos ha parido?

“Pues, mi amigo, si eso es así, hay que pensar con el otro, con el poeta, que:

En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira,
todo es según el color
del cristal con que se mira.

“Pero como usted es mi secretario, y yo soy su atento y seguro servidor, nada más explicable que el que los dos nos completemos y nos admiremos.

“¡Ah!...¡si los dos pudiéramos también corregirnos un poco!...¡O suprimir algunas de las inevitables circunstancias que nos hacen vivir encantados de las cosas que los dos hemos imaginado como soluciones definitivas!

Marquito amado, mírate en este espejo, por activa y por pasiva, aunque mi secretario y yo podamos no ser dos personas diferentes; sobre todo, no olvides que el que no sabe borrar no sabe escribir.

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Gonzalo Pedro Pagani.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

